LIBRO VIGESIMOTERCERO1

CAPÍTULO PRIMERO

Se enemistan los aqueos con los romanos. – Embajadas mutuas de Ptolomeo a los aqueos y de éstos a Ptolomeo.

Irritados los lacedemonios por la matanza de muchos de sus conciudadanos en Compasio, y creyendo que con este acto desafiaba Filopemén el poder e insultaba la majestad de la República romana, despacharon a Roma embajadores para quejarse de este pretor y de su gobierno. Marco Lépido, que era entonces cónsul y fue después gran sacerdote, escribió a los aqueos, en vista de lo que los embajadores le manifestaron, quejándose de la conducta observada con los lacedemonios. Filopemén envió al mismo tiempo a Roma como embajador a Nicodemo de Elea.

Por entonces vino a Acaya el ateniense Demetrio, de parte de Ptolomeo, para renovar la alianza que anteriormente tuvieron los aqueos con este príncipe, y que con gran satisfacción de aquéllos quedó restablecida, enviando al rey como embajadores a mi padre Licortas y a los sicionianos Teodóridas y Rosíteles, a fin de prestar juramento y recibir el del rey. Momento es éste de relatar una anécdota que, aun cuando parezca impropia del asunto que trato, merece ser conocida. Renovada la alianza, recibió Filopemén al embajador de Ptolomeo, invitándole a comer. Recayó la conversación en las cualidades de este príncipe, y elogió mucho el embajador su habilidad y osadía en la caza, la maestría y el vigor con que manejaba el caballo y las armas; y en demostración de ello manifestó que cazando a caballo había muerto un toro de un solo rejonazo.

Los beocios indisponen gradualmente contra ellos a los romanos y a los aqueos.

Concertada la paz con Antíoco, los agitadores desesperaron de poder renovar y embrollar los asuntos, y el gobierno beocio cambió de aspecto. Veintiséis años hacía que se hallaban sin fallar los litigios entre los ciudadanos, y corrió en las ciudades la noticia de que se iban a sentenciar. Siendo, como siempre, más los pobres que los ricos, disputábase mucho sobre la oportunidad de esta determinación, cuando por casualidad se produjo un suceso que favoreció mucho a los que defendían lo más equitativo.

Hacía largo tiempo que Tito Flaminino, agradecido a los servicios que Zeuxipo le prestó en las guerras contra Antíoco y Filipo, deseaba pudiese regresar a Beocia, su patria, y logró escribiera el Senado a los beocios para que le llamaran, como asimismo a los demás desterrados; pero los beocios no atendieron la petición, recelosos de que al volver los proscritos enfriaran su amistad con los macedonios, y para confirmar la sentencia contra Zeuxipo y consortes reunieron una asamblea, reprodujeron ante ella las razones de la imputación, se les acusó primero de sacrilegio por suponer que habían arrancado planchas del altar de Júpiter, que era de plata, y después, del crimen de asesinar a Bráquiles; y hecho esto, enviaron a Roma a Calícrito para decir que no podían anular lo fallado con arreglo a las leyes. Llegó al mismo tiempo a Roma para defender su derecho Zeuxipo, y el Senado escribió a los etolios y a los aqueos manifestando la resistencia de los beocios a sus órdenes y mandándoles que llevaran a Zeuxipo a su patria. No juzgando a propósito los aqueos emplear tropas para este asunto, despacharon a los beocios comisionados que les aconsejaron obedecer las órdenes del Senado y prorrogar el fallo de los litigios que tenían entre sí, como prorrogaban el de los pleitos que por faltar a los contratos habían promovido hacía tiempo aqueos contra beocios. Prometióse a los comisionados seguir sus consejos, pero pronto olvidaron las promesas. Hippias era entonces pretor en Beocia, y al sucederle Alcetas concedió permiso Filopemén a cuantos se lo pidieron para recobrar de los beocios lo que les habían arrebatado, y no fue éste leve motivo de guerra entre ambos pueblos. Inmediatamente quitaron a Mírrico y a Simón parte de sus ganados, y hubo un combate entre los que pretendían la presa, siendo principio, no de pleito entre ciudadanos, sino de odio entre ambos pueblos, que hubiera degenerado en cruel querra de insistir el Senado en que Zeuxipo regresara a su patria; pero por fortuna no lo hizo, y los megarianos arreglaron las cuestiones, rogando a Filopemén revovara el permiso dado a los de su nación que habían contratado con los beocios.

CAPÍTULO III

Disputa entre licios y rodios.

He aquí la razón. Mientras los diez comisarios ordenaban los asuntos de Asia, fueron Teedeto y Filofrón a solicitar de parte de los rodios que en recompensa de su adhesión a los romanos y de la solicitud con que les habían ayudado en la guerra contra Antíoco, se les diera soberanía sobre Licia y Caria. Al mismo tiempo suplicaban Hiparco y Sátiro, en nombre de los ilios, que en consideración a sus lazos con los licios se perdonaran a éstos las faltas cometidas. Los comisarios escucharon ambas partes y, para contestar en lo posible a los dos pueblos, no determinaron nada riguroso contra los ilios, y concedieron la Licia a los rodios. Origen fue esto de sensible guerra entre licios y rodios. De una parte los ilianos recorrían las ciudades de Licia proclamando que ellos eran los que habían aplacado en su favor a los romanos, y que a ellos les debían la libertad. De otra Teedeto y Filofrón manifestaban a los rodios que los romanos les habían concedido Licia y Caria hasta el Meandro. Creyéndose libres los licios, despacharon representantes a los rodios, proponiendo una alianza entre ambos pueblos, y los rodios, crevéndose señores, comisionaron a algunos ciudadanos para arreglar los asuntos de las dos provincias que les habían dado. Esta diferencia de opiniones demostraba que no todos sabían el verdadero estado del asunto; pero cuando los licios hicieron a los rodios su proposición en Consejo, y Potión, uno de los pritanos o senadores de los rodios. les hizo ver lo absurdo de su ofrecimiento, estalló el antagonismo, porque los licios protestaron de que, a pesar de lo que pudiera suceder, jamás se someterían ni obedecerían a los rodios

CAPÍTULO IV1

Diversas embajadas relativas en parte a los asuntos entre Filipo, Éumenes de Tracia y los tesalios, y en parte a las cuestiones de lacedemonios y aqueos. – Resumen de los capítulos que Polibio dedicaba a estos asuntos.

En la CXLVIII olimpíada llegan a Roma embajadores de Filipo y de los pueblos limítrofes de Macedonia. – Decretos del Senado relativos a estas embajadas.

Suscitadas cuestiones entre Filipo de una parte y los tesalios y perrebios de otra, acerca de las ciudades de Tesalia y Perrebia, que el primero retenía en su poder, se entabló un debate entre ambas partes en Tempe, en presencia de Quinto Cecilio. – Decisión de Cecilio.

Discusión sobre las ciudades de Tracia con los embajadores de Éumenes y los desterrados de Maronea. La conferencia acerca de este asunto se verifica en Tesalónica. Sentencia de Cecilio y de los demás embajadores romanos.

Llegan al Peloponeso los embajadores despachados por el rey Ptolomeo, por

^{1.} Debido a las investigaciones de Scaweighauser.

Éumenes y por Seleuco. – Decreto de los aqueos acerca de la alianza con Ptolomeo, y regalos que les ofrecen los reyes antes mencionados. Llegada de Quinto Cecilio al Peloponeso. – Censura lo que se ha llevado a cabo en Lacedemonia. Area y Alcibiades, que eran de los expulsados de Lacedemonia, se encargan de ir en embajada a Roma para acusar allí a Filopemén y a los aqueos. – Matanza que el rey Filipo realiza en Maronea. – Llegada de los embajadores romanos. Sus instrucciones. Causas de la guerra de los romanos contra Perseo.

En el transcurso de la CXLVIII olimpíada llegan los embajadores romanos a Clitora, en Arcadia, donde convocan a los aqueos. Discursos de los oradores de los diversos partidos acerca de los asuntos de Lacedemonia. – Decretos de los aqueos. Lo que en ellos se disponía.

CAPÍTULO V

Embajadas a Roma de diferentes naciones contra Filipo. – Embajada de los romanos a este príncipe.

En este tiempo despachó el rey Éumenes embajadores a Roma para dar a conocer las violentas exacciones de Filipo en las ciudades de Tracia. Asimismo
fueron de los maronitas desterrados, acusando a este príncipe de haber sido
causa de su destierro. Los atamanes, los perrebios y los tesalios enviaron representantes para pedir la devolución de las ciudades que Filipo les había arrebatado durante la guerra con Antícoc. Finalmente, el mismo rey designó también
embajadores para que le defendieran de las acusaciones de que fuera objeto.
Después de largos debates que tuvieron entre sí todos estos representantes, ordenó el Senado despachar embajadores a Macedonia para examinar todo lo concerniente a Filipo y servir de salvaguardia a cuantos desearan quejarse de este
príncipe. Fueron escogidos para esta embajada Quinto Cecilio, Marco Bebio y
Tiberio Claudio.

CAPÍTULO VI

Consejo celebrado entre los aqueos para tratar diversos asuntos y contestar a los embajadores enviados de muchas regiones. – Dos bandos entre los aqueos, uno cuyos jefes eran Aristeno y Diófanes, y del otro Filopemén y Licortas.

Tratemos ahora de los asuntos del Peloponeso. Ya hemos mencionado que durante el gobierno de Filopemén despacharon los aqueos embajadores a Roma para arreglar los de Lacedemonia, y al rey Ptolomeo para renovar la alianza que antes tuvieron con él. Elegido pretor Aristeno, que sucedió a Filopemén, fueron recibidos en Megalópolis, donde se efectuaba entonces el Consejo de los aqueos embajadores de Éumenes, que ofrecieron a la República ciento veinte talentos,

cuyos intereses se destinarían a sueldos u honorarios de los que formaban el Consejo público. También llegaron otros representantes de Seleuco, que, en nombre de su señor, prometieron diez barcos armados en guerra, solicitando que se renovase la antigua alianza con Antíoco. Reunido el Consejo, el primero que entró fue Nicodemo de Elea, relatando lo que manifestó ante el Senado romano acerca del asunto de Lacedemonia y lo que le contestaron. Se dedujo de la respuesta que el Senado no se hallaba satisfecho ni de la destrucción del gobierno de Esparta, ni de que hubieran sido demolidas las murallas de esta ciudad, ni de la matanza de Compasio, pero que no desautorizaba nada de lo realizado; y como nadie hablase en pro o en contra de las contestaciones del Senado, se pasó a otro asunto. Diose en seguida audiencia a los embajadores de Éumenes, que, después de renovar la alianza existente antes con Átalo, padre de Éumenes, y de ofrecer el donativo de los ciento veinte talentos que hacía Éumenes, alabaron mucho la benevolencia y amistad de su señor a los aqueos. Cuando concluyeron su discurso se puso en pie el sicioniano Apolónidas, y dijo que el regalo ofrecido por el rey de Pérgamo era, considerado por sí mismo, digno de los aqueos; pero atendiendo al fin que Éumenes se proponía y al provecho que esperaba sacar de su liberalidad, no podía aceptarlo la República sin cubrirse de infamia y sin cometer el crimen más enorme; que de este último inconveniente no cabía duda, pues la ley prohibía a todo particular, fuese del pueblo o magistrado, recibir algo de un rey bajo cualquier pretexto, y la transgresión sería mucho más criminal si la República, por medio de su Gobierno, aceptase los ofrecimientos de Éumenes; que la infamia resultaba evidente, pues nada tan vergonzoso para el Consejo como recibir de un rey el sueldo u honorario anual, y no reunirse para deliberar sobre los negocios públicos sino después de haberse embriagado, por decirlo así, en la mesa del príncipe; que esto perjudicaría grandemente los asuntos de la patria; que después de Éumenes, no dejaría Prusias de ofrecer idénticos regalos, y después de Prusias, Seleuco; que el interés de los reyes era muy distinto al de las repúblicas. refiriéndose casi siempre las deliberaciones más importantes en éstas a conflictos con los reyes, por lo cual ocurriría una de dos cosas: o que los aqueos favorecerían a estos príncipes con perjuicio de la nación, o cometerían negra ingratitud con sus bienhechores. Terminó, pues, exhortando a los aqueos, no sólo a rehusar el ofrecimiento, sino a detestar a Éumenes por la invención de este medio para corromperles.

Después de Apolónidas habló el egineta Casandro, y convenció a los aqueos de que sus conciudadanos cayeron en el infortunio en que se hallaban por vivir sujetos a sus leyes. Hemos visto, efectivamente, que Publio Sulpicio fue a Egina, y vendió todos los habitantes, y que los etolios, en virtud de un tratado efectuado con los romanos, dueños de esta ciudad, la entregaron a Átalo por la suma de treinta talentos. De esto dedujo Casandro que, en vez de comprar Éumenes por cantidad en metálico la amistad de los aqueos, tenía en su mano, devolviendo a Egina, el medio de captarse la benevolencia de toda la nación. Aconsejó en seguida a los aqueos no dejarse seducir por los ofrecimientos de Éumenes, porque si tenían la debilidad de aceptarlos perderían los eginetas para siempre la esperanza de recobrar la libertad. Tan grande fue la impresión de estos dos discursos en la multitud, que nadie osó defender al rey de Pérgamo, rechazando todos a gritos la proposición a pesar de lo deslumbradora que era la suma ofrecida.

Llamóse en seguida a Licortas y a los demás embajadores enviados a Ptolomeo,

que leyeron el decreto de este príncipe renovando la alianza. Después de decir Licortas que había prestado juramento al rey en nombre de los aqueos y recibido el suvo, agregó que traía a la República, de parte de Ptolomeo, seis mil escudos de bronce para armar a los deltastos y doscientos talentos en bronce acuñado, concluyendo el discurso con un breve elogio de la benevolencia y amistad de este príncipe a la nación aquea. Entonces se levantó el pretor Arísteno y prequintó al embajador de Ptolomeo y a los que enviaron los aqueos a este príncipe qué alianza habían renovado. Nadie supo responder a la pregunta, buscando informes unos de otros y quedando todos perplejos. La dificultad nacía de que entre los aqueos y Ptolomeo se habían llevado a cabo muchos tratados de alianza muy distintos unos de otros, según las circunstancias en que se concertaron, y que el embajador de Ptolomeo, al reanudar la alianza, habló en general de renovación sin determinar ninguna de las hechas anteriormente. Por ello, el pretor reseñó todos los tratados, hizo ver las importantes diferencias que existían entre ellos, y los oyentes desearon saber cuál era el renovado; pero no pudiendo dar razón de su comportamiento ni Filopemén, durante cuya pretura se hizo la renovación, ni Licortas, enviado con este objeto a Alejandría, quedaron convencidos por falta de tino y prudencia en este asunto, torpeza que hizo resaltar el mérito de Arísteno, a quien se consideró como el único hombre capaz de hablar con conocimiento de causa. Impidió que se ratificara el decreto, y dejó para más adelante la resolución de este asunto. Después dieron audiencia a los embajadores de Seleuco, renovóse la alianza hecha con él, pero no se juzgó conveniente aceptar las naves ofrecidas. Disuelta en seguida la Asamblea, regresó cada cual a la ciudad de donde había venido. En otro día que se celebraba una gran fiesta, llegó a Acaya Quinto Cecilio, de regreso de Macedonia, donde había ido como embajador, y reunió en seguida Arísteno en Argos a los principales magnates de la República. Penetró en el Consejo Quinto Cecilio y dijo que los aqueos debían ser tanto menos rigurosos con los lacedemonios, cuanto que la conducta observada traspasaba los límites de una justa moderación y que convendría reformar todo lo imprudentemente realizado contra ellos en esta ocasión, cosa que con el mayor interés les aconsejaba.

Demostróse entonces que lo efectuado contra los lacedemonios no parecía bien a Arísteno y que estaba de acuerdo con Cecilio, pues nada contestó, vendióle este silencio. Púsose en pie en seguida Diófanes de Megalópolis, más guerrero que político, y no habló para defender o excusar los procedimientos de los aqueos, sino para vengarse de Filopemén, a quien quería mal, intentando otra acusación contra los aqueos. Manifestó que se había obrado injustamente no sólo con Lacedemonia, sino también con Mesenia, y fundó esta censura en que los mesenios no se hallaban acordes entre sí ni con el decreto de Tito Quintio para el regreso de los desterrados, ni con la manera como lo había llevado a cabo Filopemén. Viendo Cecilio que entre los mismos aqueos tenía partidarios, parecióle peor que todo el Consejo no se sometiera a su opinión.

Entonces Filopemén, Licortas y Arcón defendieron enérgicamente a la República, probando que lo efectuado en Esparta bien hecho estaba y hasta en provecho de los lacedemonios, y que no cabía reforma sin violar todos los derechos humanos y el respeto que se debía a los dioses. Sus discursos impresionaron al Consejo, que ordenó no cambiar nada de lo establecido y dar esta contestación al embajador romano. Cuando se la llevaron a Cecilio pidió que fueran convocados

los comicios; pero los magistrados le respondieron que no podían hacerlo sin que presentase Cecilio una carta del Senado de Roma rogando a los aqueos esta convocatoria. No tenía la carta Cecilio, y la reunión de los comicios fue terminantemente negada, lo que incomodó tanto al romano que se fue de Acaya sin escuchar lo que los magistrados tenían que decirle. Creyóse que ni Cecilio ni antes que él Marco Fulvio se hubieran expresado con tanta libertad a no estar seguros del apoyo de Arísteno y Diófanes, y se acusó a éstos de haber atraído a la República aquellos dos romanos por odio a Filopemén, siendo desde entonces sospechosos a la opinión pública. Tal era el estado de los asuntos en el Peloponeso.

CAPÍTULO VII

Diversas embajadas que llegaron a Roma. – Embajadas de los romanos a Filipo y los griegos.

Al regresar a Roma, Cecilo dio cuenta al Senado de cuanto le había ocurrido en Grecia. Se ordenó entraran en seguida los embajadores de Macedonia y del Peloponeso, siendo los primeros en presentarse ante el Senado los de Filipo y de Éumenes, y luego los desterrados de Eno y de Maronea, que repitieron lo manifestado antes por Celio en Tesalónica. Oyóles el Senado, y juzgó que convenía despachar nuevos embajadores a Filipo para ver sobre el terreno si se había retirado, según prometió a Cecilio, de las ciudades de la Perrebia, y para ordenarle que evacuase a Eno y Maronea y cuantos castillos, tierras y pueblos ocupaba en la costa marítima de Tracia. Fue escuchado después Apolónidas, embajador que enviaron los aqueos para justificar por qué no hicieron lo que Cecilio pedía e informar al Senado de todo lo relativo a Lacedemonia, cuya República envió también por representantes a Areo y Alcibíades, dos antiquos desterrados devueltos a su patria por Filopemén y los aqueos. Ingratos ambos al gran beneficio recibido, encargáronse de la odiosa misión de acusar a quienes les salvaron y devolvieron a sus hogares, y esta ingratitud fue lo que más irritó a los aqueos. Probó Apolónidas que no era posible arreglar mejor que lo habían efectuado Filopemén y los aqueos los asuntos de Lacedemonia. Areo y Alcibíades procuraron por su parte demostrar que, expulsados los habitantes de Lacedemonia, todas las fuerzas de la ciudad se hallaban agotadas; que reducidos a corto número sus pobladores y derruidas las murallas, no se podía vivir allí seguro; que había perdido su antigua libertad, y no sólo estaba sometida a los decretos públicos de los aqueos, sino obligada a obedecer a sus pretores. Comparó y pesó el Senado las razones de unos y otros, y designó embajador a Apio Claudio, dándole instrucciones para arreglar este negocio y los demás de Grecia. Defendió después Apolónidas a los aqueos del crimen que se les imputaba por no haber convocado los comicios cuando lo pidió Cecilio, diciendo que no eran responsables, porque la ley les prohibía reunirse, salvo el caso de alianza o guerra, o presentación de cartas del Senado; que los magistrados hicieron bien en deliberar si debía reunirse el Consejo de la nación, y no se equivocaron al negarlo, puesto que Cecilio no llevaba cartas del Senado romano y tampoco quiso ordenarlo por escrito. No dejó Cecilio esta defensa sin réplica, censurando a Filopemén, a Licortas y a los aqueos en general por el rigor con que habían tratado a los lacedemonios. El Senado respondió a los embajadores aqueos que enviaría representantes para que sobre el terreno examinaran las cosas de cerca, y les recomendó tuvieran con estos comisionados los miramientos que él dispensaba a los embajadores de los aqueos.

CAPÍTULO VIII

Crueldad de Filipo con los maronitas. - Envía a Roma a su hijo Demetrio.

Al conocer Filipo por sus embajadores que regresaron de Roma la orden de que resueltamente abandonara las ciudades de Tracia, le enfureció la idea de que por todas partes estrecharan su dominación, y descargó la rabia en los habitantes de Maronea. Con el gobernador de Tracia, Onomasto, que por su orden fue a verle, concertó la proyectada venganza. Había vivido Casandro largo tiempo en esta ciudad, donde era muy conocido, pues acostumbraba Filipo a enviar sus cortesanos a las ciudades para que se habituaran a verles en ellas. De este Casandro se valió Onomasto para llevar a cabo la bárbara orden del rey, por virtud de la cual penetró de noche en la ciudad un cuerpo de soldados tracios, atacando a los habitantes y asesinando a gran número de ellos. Vengado así Filipo de los que no eran partidarios suvos, y persuadido de que nadie se atrevería a acusarle, aquardó tranquilamente la llegada de los representantes romanos. Poco tiempo después llegó, efectivamente, Apio; informóse de lo hecho con los maronitas, y censuró duramente al rey de Macedonia, quien negó haber tenido parte en la matanza, atribuyéndola a un motín popular. «Unos, manifestó, eran partidarios de Éumenes, otros míos, y enardecidos los ánimos, se han asesinado unos a otros.» Llevó su confianza hasta el extremo de ordenar que condujeran ante él a quien deseara acusarle; pero ¿quién se hubiera atrevido, estando el castigo tan próximo y tan lejos el socorro que podía esperar de Roma? «Inútiles son, dijo Apio, tus excusas; sé lo ocurrido y quién es el autor.» Esta frase alarmó mucho a Filipo; mas no pasaron de aquí las cosas en la primera entrevista. Al día siguiente le ordenó Apio que enviara inmediatamente a Roma a Onomasto y Casandro para que el Senado les interrogara sobre el suceso. Al oír esta orden, palideció Filipo, vaciló y titubeó largo rato antes de contestar. Por fin, manifestó que enviaría a Casandro, autor de la matanza, según creían los comisarios de Roma; pero se empeñó obstinadamente en tener a su lado a Onomasto, asegurando que ni estaba en Maronea ni siguiera en las proximidades cuando ocurrió la sangrienta tragedia. La causa de este empeño era el recelo de que un hombre de su completa confianza como Onomasto, a quien nada había ocultado, denunciara ante el Senado todos sus secretos. Respecto a Casandro, cuando salieron los comisarios de Macedonia, le hizo embarcar; pero envió tras él gentes que le envenenaron en el Epiro.

Se fueron los comisarios muy convencidos de que Filipo había ordenado la matanza de Maronea y de que preparaba una ruptura con los romanos. El rey, que no disimulaba su odio a Roma y el deseo de vengarse, reflexionó a solas y con sus amigos Apeles y Filocles sobre si acudiría inmediatamente a las armas, decla-

rando la guerra a los romanos; pero no estando hechos los preparativos precisos, imaginó, como recurso para ganar tiempo, enviar a su hijo Demetrio a Roma, donde había estado largo tiempo en rehenes y era muy querido, considerándole el más a propósito para defenderle ante el Senado de las acusaciones que le dirigieran o excusar las faltas cometidas. Dispuso, pues, lo necesario para esta embajada, y avisó a los amigos que deseaba acompañasen al príncipe. Al mismo tiempo prometió auxilio a los bizantinos, no porque le interesara defenderlos, sino porque al ir en su socorro aterrorizaría a los reyezuelos de Tracia, que reinaban en las inmediaciones de Propóntide, y les impediría ser obstáculo a su propósito belicoso contra Roma.

CAPÍTULO IX

Llegan a Creta los comisarios romanos y ponen en orden los negocios de esta nación.

Ocurría en la isla de Creta que, mientras Cidas, hijo de Antialces, desempeñaba el cargo de primer magistrado en Gortina, los gortinios, procurando por todos los medios disminuir el poder de los cnosinos y limitar su dominación, entregaron a los rancianos Licastio, y a los lictios Diatonio. Por entonces llegaron a Creta con Apio los comisarios enviados de Roma para arreglar las cuestiones en esta isla, y tras largos debates estuvieron de acuerdo los creteneses en tomarles por árbitros. Dieron los comisarios a los cnosinos la posesión de su antiguo territorio, y ordenaron a los cidoniatas recobrar los rehenes que habían dejado en Carmión y salir de Falasarna sin llevarse nada de lo que pertenecía a los habitantes. Dejáronles asimismo en libertad de formar o no parte del Consejo público, según lo estimaran conveniente, siempre que en el futuro no traspasaran los límites de su dominio. Igual permiso concedieron a los falasarnios desterrados de la ciudad por haber muerto a Menecio, uno de sus más ilustres conciudadanos.

CAPÍTULO X

Ptolomeo, rey de Egipto.

Cuando este príncipe puso sitio a Licópolis, los magnates de Egipto se amedrentaron y rindieron a discreción. El rey se portó mal con ellos, procurándose así muchas desgracias. Acaeció algo semejante a lo ocurrido cuando Polícrates derrotó a los rebeldes, porque Átinis, Pausiras, Cesufo e Iro basto, únicos que quedaron de todos los señores, cediendo a las circunstancias, fueron a Saïn para rendirse a Ptolomeo; pero faltando este príncipe a las seguridades que había prometido, les arrastró desnudos y atados a los carros y les condenó después a

muerte. Desde allí fue a Náucratis, donde recibió un cuerpo de mercenarios que había reclutado Aristónico en Grecia, y embarcó de regreso a Alejandría sin acometer ninguna empresa belicosa, aunque entonces tenía veinticinco años. Ésta fue la consecuencia de los malos consejos de Polícrates.

CAPÍTULO XI

Aristónico.

Era un eunuco de Ptolomeo, rey de Egipto, educado junto a él desde su niñez y de poca mayor edad. Puso de manifiesto sentimientos más nobles y elevados de los propios en gente de esta clase. Naturalmente aficionado a la guerra, se aplicaba mucho a estudiarla, amable en sociedad, conducíase con raro talento, sabiendo simpatizar con todos los caracteres, y a estas buenas cualidades añadía la de gustarle agradar a los demás.

CAPÍTULO XII

Apolonia, esposa de Átalo, rey de Pérgamo, y madre de Éumenes.

Por varias razones merece esta reina que la demos a conocer a la posteridad. Era natural de Cícico; la escogió Átalo entre el pueblo y compartió con ella el trono. Hasta su muerte ocupó esta suprema dignidad, conservando el cariño de su esposo no por caricias y frívolas zalamerías, sino por su carácter prudente, grave, modesto y probo. Madre de cuatro príncipes, tuvo para ellos, hasta la hora postrera, inalterable ternura, y sobrevivió bastante a Átalo. Lo que más honró a dos de sus hijos fue el respeto con que la recibieron en Cícico, colocándola entre ambos, cogiéndola cada uno de una mano y conduciéndola civilmente a los templos y a otros lugares de la ciudad. Todo el pueblo miraba con admiración a los jóvenes príncipes, recordando, al verles, a Cléobis y Bitón, y estimando superior al de éstos el acto de los hijos de Átalo, que unían a igual cariño el brillo de su ilustre nacimiento. Este encantador acontecimiento se verificó en Cícico, después de la paz con Prusias.

CAPÍTULO XIII

A propósito de Filopemén1.

Se hallaba Filopemén en desacuerdo con Arcón, pretor de los aqueos, acerca de un determinado asunto; pero se le vio acceder poco a poco a las ideas de éste y aprovechar con habilidad todas las ocasiones para tributarle grandes alabanzas. Presenciaba yo esto, sin agradarme el propósito de hacer daño con el exceso de elogios. Llegado a edad más madura, menos apruebo este proceder. La disposición de ánimo que nos inclina a la prudencia es muy distinta de la que nos induce a obrar mal, diferenciándose tanto como un hombre hábil de un hombre malo. En una palabra, lo primero es lo mejor, y lo segundo lo peor del mundo. Mas la locura de nuestro siglo crece tan rápidamente, que en verdad dudo encuentre mi opinión muchos partidarios, siendo poco probable que exista quien la apruebe y menos quien la imite.

^{1.} Este capítulo XIII, final del LIbro XXIII, se debe a las investigaciones del cardenal Mai.